

SAINT LAURENT, CHICO MALO

Moda y memoria, 1

MARIE-DOMINIQUE LELIÈVRE

**SAINT LAURENT,
CHICO MALO**

Traducción del francés de
Nuria Giménez Lorang



SUPERFLUA
EDITORIAL

2018

TÍTULO ORIGINAL
Saint Laurent, mauvais garçon
© Editions Flammarion, 2010

Publicado por
EDITORIAL SUPERFLUA
Contenidos Culturales Superflua, S. L.

Muntaner 93, 4.º 1.ª
08036 Barcelona
superflua@superflua.es
www.superflua.es

PRIMERA EDICIÓN EN SUPERFLUA: mayo 2018

© de la foto de portada: John Downing, 1982
© de la traducción: Nuria Giménez Lorang, 2018
© de esta edición: Contenidos Culturales Superflua, S. L., 2018

ISBN: 978-84-948752-0-5
Depósito Legal: B 12432-2018

ARTE: Pau Masaló Llorà
IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: Romanyà-Valls

Impreso en España / Printed in Spain

Las tipografías son Lovelo y Adobe Garamond

A Charles Genton

Creo que en la tierra sólo hay una felicidad posible. La de olvidarse de uno mismo y dedicarse a los demás. Al intentar hacer felices a los demás, uno acaba por obtener retazos de esa felicidad.

YVES SAINT LAURENT

No fue más que un diseñador de moda. No inventó el corazón artificial, no llevó a cabo ninguna revolución, no fue el autor de ninguna obra maestra. Sus trajes, conservados en una cámara frigorífica, se extinguen al mismo tiempo que las mujeres que los llevaron. Sin embargo, reinó sobre su época. Las imágenes de sus creaciones se vislumbran en la moda de hoy. Fue el mayor modista de su época, que duró un decenio aproximadamente. Como Dior, su maestro. No era apto para nada más. Chanel tenía más autoridad; Madeleine Vionnet, más talento; Schiaparelli, más fantasía; Balenciaga, más técnica, Courrèges era más moderno. No obstante, fue la suma algebraica de todo eso y de más aún, puesto que para él se creó el mito del gran diseñador atormentado, figura que le sentaba como un guante.

Acercarse a la iglesia de Saint-Roch no es fácil: todas las calles están cerradas por policías vestidos de gala, guantes blancos y cordón rojo, como si la casa Saint Laurent se hubiese encargado de los accesorios. Asisto a su sepelio como al de un tío frágil. Al igual que Serge Gainsbourg, el padre perverso, o Françoise Sagan, la alocada hermana pequeña, pertenece a la familia

de la posguerra que ha dado forma a la sociedad actual. Yves Saint Laurent es el tito gay del pueblo. «La tía del pueblo», dice burlándose un amigo.

Delante del quiosco de prensa, tan bonito que parece de juguete, se ha instalado una pantalla gigante. Desde el amanecer, los parisinos han venido a velar por él en la iglesia con el párroco de Saint Roch. A petición de Pierre Bergé, el cura, visiblemente incómodo, les pide que abandonen la iglesia. Es un funeral al que sólo se puede entrar con invitación. La pequeña Simone, amiga de la infancia de Yves, no tiene una. Acude a la ceremonia como parte de la multitud anónima parisina mantenida a distancia.

El jueves 5 de junio de 2008 tuvo lugar el último desfile de Yves Saint Laurent. Su director, Pierre Bergé, repetía a menudo las palabras de Beistegui: «Lo que importa en una fiesta no es a quién se invita, sino a quién no se invita». Invitó a las personalidades más relevantes y expulsó al pueblo. Fue un hombre de izquierdas al que no le gustaban los pobres. Su prioridad era tener trato exclusivamente con la burguesía francesa: el presidente de la República, el alcalde de París, los ministros, los empresarios del mundo del lujo, los grandes modistas y estilistas, los académicos y escritores oficiales, la exemperatriz Farah y todo un repertorio¹ de gente, parte de la cual Saint Laurent no había conocido nunca. Ningún artista, ni un solo poeta. Los *happy few* entraron uno a uno y se inclinaron ante Pierre Bergé.

Atrapados contra las vallas de seguridad, fotógrafos y cámaras en uniforme de combate luchan para que no se les escape ningún famoso. Una vez más, Pierre Bergé muestra su sentido del espectáculo. Solo en la escalinata, recibe el féretro. En las fotos no se ve a nadie más que a él. A Lucienne Mathieu Saint

Laurent, la madre de Yves, a Brigitte y a Michèle, sus hermanas, a sus sobrinos y sobrinas se les ha rogado que entren discretamente por la sacristía.

Cinco ramos de lirios sobresalen en el coro, las capillas laterales tienen tantas flores como un jardín mediterráneo. Moulié Savart, el florista de la plaza del Palais Bourbon, ha hecho acopio de las flores blancas más espléndidas: campos enteros de lirios de Casablanca, rosas, peonías. El otro artesano entrado aquí hace tres siglos, el jardinero André Le Nôtre, debe estar tremendamente pasmado. Bajo un seto de jazmín, los invitados alcanzan las filas de pequeñas sillas Napoleón III, utilizadas habitualmente en los desfiles, cada una de las cuales lleva un nombre. Están los amigos íntimos, Anne-Marie Muñoz y Betty Catroux, que han acompañado a Yves hasta su último aliento en la calle Babylone, Loulou de La Falaise y su marido Thadée. Y las personas de la casa, los más destacados del taller, colaboradoras, responsables de relaciones públicas, directores, modelos de todas las épocas.

Mientras que, precedido por Pierre Bergé, el féretro entra en la iglesia, las modelos forman una cadena con sus manos. De Victoire, su primera musa —a la que conoció en 1954—, a Kewe, la última, reclutada en 1999; cuarenta años de belleza Saint Laurent se agrupan alrededor de Nicole Dorier, la jefa de cabina, vestida de azul marino porque a Yves le gustaba con ese color: Jacqueline, Anna Pavlowski, la antillana Mounia, Dothi, Kirat, Violeta Sánchez, Laetitia Casta, Sadiya Gueye —que ha venido con Kewe, de Dakar, y vestida de blanco—, Amalia, la última princesa del harén.

«Vamos a pedirle a Dios que le devuelva su llama», dice el párroco antes de reanimar el cirio pascual.

La llama de Yves Saint Laurent se había extinguido bastante antes de su muerte. Si su alegría de vivir se había disuelto, durante su infancia había estado lleno de alegría.

Una tela de color azafrán con gavillas de trigo cosidas cubre el féretro recordando que Yves Saint Laurent fue un hombre del Mediterráneo.

«Laurent significa “laureles”, los del sufrimiento y de la gloria; a Yves Saint Laurent no le daba miedo el sufrimiento, le gustaba citar las palabras de Proust: “la familia lamentable de los nerviosos es la sal de la tierra”», continúa el cura.

La frase resuena en la calle repentinamente silenciosa. Y mientras se eleva la voz de la Callas, las lágrimas van cayendo. Fuera, la multitud está tan recogida que el sonido de un teléfono móvil provoca la exclamación: «¡Es un funeral, por favor!». En los balcones de la calle Saint Honoré, los cuellos se estiran para atisbar en la pantalla gigante a Catherine Deneuve, que lee, con una dignidad de reina madre, un poema de Whitman. Después es el turno de Pierre Bergé de recitar un texto en el que se dirige al diseñador con una voz trémula, a lo Jouvet.

«Es la última vez que te hablo, Yves [...]».

Detrás de la pareja presidencial, como Luis XVI y María Antonieta en sus tronos, la nave no está ni mucho menos llena: las filas vacías habrían tenido capacidad para albergar a los amantes del modista que están aquí desde el amanecer.

«Junto con Chanel, porque si hay un nombre que debe ser mencionado hoy, y sólo uno, es sin duda el suyo, Chanel, que te designó como su sucesor, habrás sido el diseñador más importante del siglo xx, ella de la primera mitad, tú de la segunda [...]».

Con vehemencia, San Pierre asigna los puestos en el paraíso glorioso de los diseñadores, como otrora hizo con los puestos en los desfiles. Allá arriba, Madeleine Vionnet, Madame Grès,

Cristobal Balenciaga, Poiret, Christian Dior, Schiaparelli y muchos otros le harán novatadas al pequeño Saint Laurent. Por cierto, ¿designó Chanel a su joven compañero de profesión? Un gesto tan altruista no encaja con su forma de ser. Bergé lo ha arreglado un poco para su discurso. La ordalía, de hecho, fue páfida. Una crueldad de modista. Si Chanel, el 11 de febrero de 1968, en el programa de televisión *Dim Dam Dom*, admite que Yves es su sucesor, es para demolerlo. «Yves Saint Laurent tiene toda la razón. Me copia. Y cuanto más me copie, más éxito tendrá»².

Luego, aludiendo a su propia muerte, Bergé contiene un sollozo antes de añadir que en la lápida hará grabar estas sencillas palabras: «Yves Saint Laurent, modista francés». Tan francés, sí. Tan provinciano, también.

En el momento de la bendición, al padre Roland Letteron, capellán de los artistas, se le cruzan los cables e insta a acercarse al ataúd... de Pierre Bergé. A pesar de su tristeza, la pequeña Simone contiene una risa. Bergé ha debido acosar terriblemente al clérigo para que lo entierre de forma prematura. Un «¡oh!» de estupor recorre la multitud. El lapsus no es absurdo. Bergé parece haber organizado sus propias exequias. Además, Brigitte Mathieu Saint Laurent, la hermana pequeña de Yves, lamenta que la agradable coral que le gustaba tanto a su hermano no haya cantado:

Jesús, que mi dicha habita,
mi corazón sana y consuela.
Él me aleja de toda cuita
y a mi vida da fuerza,
gozo y luz a mis ojos,
y felicidad a mi alma, su tesoro.

Por eso a Jesús no dejo
de mi corazón y alma lejos.*

Desde su sitio, la pequeña Simone ni siquiera divisará el féretro. Envuelto en la bandera tricolor, ha sido colocado en medio de la calle donde se le rinden los honores militares, algo que puede resultar sorprendente en el funeral de un diseñador que acusó al ejército de haberle aplicado *electroshock*. Sin embargo, Saint Laurent, a su manera, era un guerrero: frágil y combativo, era hiperagresivo. Muy inteligente, utilizó su timidez como un arma. Pocas personas se le resistían. Esta misma mañana, en esta misma iglesia, se ha celebrado el funeral de Christine Fersen, una socia plena de la Comédie-Française. Esta casualidad no habría disgustado al diseñador.

El sábado 6 de mayo de 1950, en Orán, Yves Mathieu Saint Laurent asiste a una representación de *La escuela de las mujeres*, de Molière, con Louis Jovet en el papel de Arnolphe, y con escenografía de Christian Bérard. A los trece años, va al teatro por primera vez. Cuando se abre la casa de Agnès, cinco lámparas caen de unas nubes pintadas, derramando sobre el joven espectador deslumbrado el resplandeciente hechizo del teatro. Transportado, su corazón de niño desea ofrecer a sus hermanas pequeñas la misma fascinación cuanto antes.

Yves se aprende pasajes enteros de la obra y, en una caja de madera, fabrica un pequeño teatro. El escenario es un decorado pintado con una cortina en trampantojo. Recorta figuras de cartón a las que viste con viejas sábanas pintadas a la aguada³ y hace representaciones para sus hermanas. Es una forma de

* Última estrofa de la cantata *Herz und Mund und Tat und Leben*, BWV 147, de Johann Sebastian Bach. (N. del E.)

empezar a relacionarse con ellas, de compartir juegos con dos niñas más pequeñas que él. Interpretando *Santa Juana*, de Bernard Shaw, le prende fuego a la hoguera y el teatro se quema.

En su casa es alegre, feliz, «bromista»⁴, dice Brigitte. En la escuela es otra historia. Sus compañeros se burlan de su aspecto afeminado. En el recreo, Yves se queda solo, apoyado en un muro. Sin jugar con nadie. No busca la amistad. «A partir de sexto, la escuela fue algo espantoso para mí»⁵.

El pequeño teatro es su refugio en las nubes. Para consolarse, se inventa argumentos de revancha y declara con rabia: «Algún día veré mi nombre escrito con letras de fuego sobre los Campos Elíseos». Se atiborra de *best sellers* histórico-sentimentales como *Por siempre Ámbar*, de Kathleen Winsor, o *Carolina querida*, de Cécil Saint-Laurent, cuyos personajes pinta a la acuarela con todos los detalles de su vestimenta.

En diciembre de 1953, el pequeño francés de Argelia llega a París con su madre para recibir el tercer premio del concurso del Secretariado Internacional de la Lana, cuyo anuncio encontró en la revista *Paris Match*. París es una ciudad que sólo conoce por el Monopoly. Gracias a su familia, tiene un protector, Michel de Brunhoff, que dirige la revista *Vogue*. Al año siguiente, Yves se instala en París para seguir los cursos de la Cámara Sindical de la Costura, cuyo diploma no logrará jamás. Dice querer diseñar decorados y vestuario, y pasarse la vida en la Comédie-Française. Michel de Brunhoff no logra enchufarle, es una plaza inaccesible. El 20 de junio de 1955, Yves entra en Dior y viste la bata blanca de los diseñadores. En un desfile del 5 de julio de 1955, firma el modelo n.º 335: un vestido de tubo de terciopelo negro con un gran escote y con una cinta de raso por encima de la cintura. Richard Avedon lo fotografió entre dos elefantes en el Circo de Invierno de París

para la revista *Harper's Bazaar*. Es su célebre fotografía *Dovima y los elefantes*. Primer golpe maestro, Yves Mathieu Saint Laurent tiene dieciocho años.

Tras la muerte de Christian Dior, tres años más tarde, Yves le sucede en el puesto. Christian Dior es enterrado en Callian, en el departamento de Var, cerca de su castillo de Montauroux. En el cortejo fúnebre, dos jóvenes que no se conocen: Pierre Bergé e Yves Saint Laurent. Una foto muestra a ambos mezclados entre la multitud. En enero de 1958, cuando Yves presenta su primera colección en la avenida Montaigne, Pierre está en la sala.

Conozco a Yves Saint Laurent desde hace mucho tiempo. Tenía diez años cuando mi madre desfiló en Duala llevando un vestido *Mondrian*. Confeccionado por su costurera, como sus vestidos o trajes de Balenciaga, Balmain, Givenchy, Courrèges. Piezas bien hechas, aún me pongo algunas. Le doy la vuelta a un vestido. En una costura descubro una etiqueta: Florence, Douala. Lo que me conmueve en esta ropa está en el reverso. El dobladillo y las costuras con sobrehilado a mano, los minúsculos broches de presión cosidos de forma irregular. El rastro de la mano humana, la torpeza de la inexperiencia, algo tosco y algo refinado. La Costura.

La investigación empieza mal. Las puertas se cierran de repente. Incluso aquellas que unas semanas antes se abrían de par en par para hablar de Françoise Sagan. Para recordar a Yves Saint Laurent, a quien ha conocido tan bien como a Françoise, su amiga Charlotte Aillaud accede a reunirse conmigo. Gran dama encantadora y refinada proveniente de otro mundo, Charlotte es la hermana mayor de Juliette Gréco. Su época *vintage* es la de Proust. En cada visita a la calle Jacob, una asistenta con

uniforme me recibe, sirve el té en una taza tan frágil como la cáscara de un huevo y me deja rodeada de fotos enmarcadas, amistades que Charlotte ha perdido en los campos de batalla de la mundanidad. Con la luz embelleciendo su tez, Charlotte entra con un atuendo impecable, en otoño con un *total look* de color ébano, en primavera, de color marrón *glacé*. Se expresa bien, termina sus frases, lo cual es raro, y así, envuelta en una nube de Guerlain, viajo al pasado con la que fue la última compañera del barón de Rédé.

La víspera de nuestro encuentro, Charlotte lo cancela cortésmente. Me veo así expulsada de su reino.

«Pierre no quiere que hable».

Dice esta frase, palabra por palabra. Pierre, es Pierre Bergé. ¿Cómo se puede prohibir a alguien que se exprese?

«Intente convencerle y la recibiré. Pero por lo que más quiera, no compare a Françoise con Yves, sería un error: ¡para Pierre, Yves es un genio!». ¡Un genio! ¡Ay! Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, Einstein, Newton, Shakespeare...

¿Abandonar? Hace años que pienso en este libro. En la serie de retratos de familia que he emprendido, Yves Saint Laurent tiene su lugar. Un lugar grande y bello, aunque se sepa poca cosa de él. Se presta a todas las suposiciones porque ha dado pocas entrevistas. Cuando fui por primera vez a un desfile de Saint Laurent, se me saltaron las lágrimas. Me gustaría entender por qué.

Otros se escabullirán. Como dijo John Fairchild, el antiguo jefe de *Women's Wear Daily*, decir la verdad es casi ilegal en el mundo de la moda. Encontrar un biógrafo no autorizado es asumir el riesgo de una excomunión.

La moda es un medio conformista. El peor de los conformismos, el de la novedad. Cortesanos del antiguo régimen, la gente de la moda está siempre dispuesta a cambiar de bando.

La gente de la moda nunca se viste así como así. Sobrevivir en este nido de avispas obliga a llevar una especie de segunda piel, todo apariencia. Se cambia de opinión como de camisa. Por el camino, uno se olvida de quién es.

«Usted conoce a Pierre, es susceptible y violento», me dice Charlotte. No, yo no conozco a «Pierre». Sí le he visto varias veces, pero no lo conozco. En una ocasión nos citamos para hablar de Françoise Sagan. Me recibió en la avenida Marceau en un gran despacho solemne, se mostró cortés, poco locuaz, irritable. Como en el documental en el que William Klein filma los inicios de la casa de moda, en la calle Spontini, y muestra a un joven Pierre lleno de impaciencia y de tics, cruce irascible entre Rastapopoulos, el antagonista de Tintín, y Louis de Funès. Adopta un personaje y no sale del mismo. En otra ocasión, me lo encontré en un restaurante. Fue para celebrar la jubilación de Lulu, la famosa cocinera del miterrandismo, que dejaba su restaurante L'Assiette, en la calle Château. Impuso el menú mostrando total indiferencia hacia el grupo de gays que le acompañaba y nadie dijo ni pío. Cuando en la sala empezó a sonar un canto en honor de Lulu, la cocinera agarró con su brazo la cabeza de Pierre Bergé, que ronroneó de puro contento. No todo el mundo teme a Pierre Bergé.

Trabajar con un obstáculo resulta estimulante. Cuando la puerta está cerrada, se entra por la ventana. Y hay muchas ventanas en la casa. Yves Saint Laurent vivía en un mundo de mujeres. Tejieron una segunda piel protectora a su alrededor sin la cual esta disección nunca se hubiese podido llevar a cabo. Amigas de la infancia, su hermana, sus musas, su mano derecha, las costureras y clientas aceptaron verme una y otra vez, contarme sus recuerdos y abrir sus álbumes de fotos. Este libro es una trama en la que las mujeres tejen el hilo conductor: Yves Saint Laurent, que nunca abandonó sus faldas, emerge al trasluz.

No me he reunido con todas las personas que, en un momento u otro, han gravitado en su órbita, sino que he preferido cavar más hondo en las minas que me parecían más ricas. Sus trabajadoras, sus modelos y sus allegados me han permitido reconstruir tres grandes desfiles y la historia de la foto de la calle Aubriot, tomada por Helmut Newton. También me han ilustrado banqueros, médicos y el servicio doméstico. Pierre Bergé me concedió dos largas entrevistas para... su retrato en el periódico *Libération*. Con ese motivo pude aclarar algunos puntos, y Charlotte Aillaud y otros aceptaron recibirme.

La muy completa biografía de Laurence Benaïm, el estudio de Alicia Drake sobre los años setenta del modista o la rigurosa investigación económica de Alice Rawsthorn me han resultado muy útiles.

Yves Saint Laurent habló tan poco que este libro podría titularse «CÁLLATE, YVES» si yo no hubiese buscado oír su voz. Obtuvo todos los bienes que codician hoy los jóvenes: fama, amor, riqueza, belleza... No obstante, era terriblemente infeliz. Convertido en un monstruo, un monstruo sagrado, vivía solo desde hacía varios años, acurrucado en un mausoleo lleno de posesiones.

Yves Saint Laurent era un as de los medios de comunicación. Durante su vida, fabricó, y dejó que se fabricara, un mito que convenía a sus negocios. Él, que desde la niñez adornó su vida, estaría sin duda consternado de ver la investigación de su existencia en manos de una mujer cuyo vestuario se compone básicamente de tejanos y jerséis de color azul marino. No era ni amable ni generoso, e instrumentalizaba a los demás para triunfar. Pero se dejó la piel en su profesión e hizo la vida más bella.

Este es mi diario de a bordo.